

De Personas de Interés a Poblaciones: La Industrialización del Perfilado

El surgimiento del perfilado —desde el escrutinio manual y dirigido de “personas de interés” específicas hasta la monitorización automatizada y continua de poblaciones enteras— representa una de las transformaciones más profundas en el ejercicio del poder, el rol de la tecnología y los límites de la autonomía individual. Lo que antes requería un esfuerzo humano significativo, priorización institucional y selección deliberada, ha evolucionado hacia una infraestructura fluida que genera, agrega y analiza datos conductuales de miles de millones de personas en tiempo real, a menudo como un subproducto incidental de la vida cotidiana.

Esta transformación no fue predeterminada por la tecnología por sí sola. Surgió de la interacción entre la expansión burocrática, crisis de seguridad recurrentes, incentivos económicos vinculados a la monetización de datos y la reducción implacable del costo marginal de la recolección, el almacenamiento y la inferencia de datos. El resultado no es simplemente “más vigilancia”, sino un régimen cualitativamente diferente: uno que reemplaza la fricción natural por una escala sin fricciones, la discreción humana por la automatización algorítmica y la sospecha excepcional de unos pocos por la observación básica de muchos.

En su núcleo yace una metamorfosis fundamental: el perfilado ha pasado de ser un **oficio artesanal** —selectivo, intensivo en mano de obra y explicativo— a un **proceso industrial** —universal, automatizado y predictivo. Lo que sigue traza esa transformación, identificando los momentos en los que las restricciones se erosionaron y las nuevas capacidades se cristalizaron en un sistema de inferencia continua y a escala poblacional.

I. Fundamentos: El Perfilado como Práctica Selectiva y Manual

El perfilado, en su forma más básica, implica la recolección e interpretación sistemática de información para inferir características, predecir comportamientos o asignar categorías de riesgo. Sus orígenes se remontan a la antigüedad.

Los imperios antiguos realizaron censos no solo para impuestos o conscripción, sino para la clasificación. Las autoridades romanas y los administradores imperiales chinos clasificaron a las poblaciones por ocupación, lealtad y estatus, produciendo mapas relacionales tempranos que podían identificar amenazas potenciales. Las instituciones religiosas mantenían registros de nacimientos, matrimonios, confesiones y conducta moral, construyendo proto-redes sociales que revelaban redes de influencia y desviación.

Sin embargo, estos sistemas compartían una restricción definitoria: **la información era costosa**. Recopilar, verificar, almacenar e interpretar datos requería un trabajo humano significativo. Como resultado, el perfilado permaneció **selectivo, episódico y limitado**. Se centraba en élites, disidentes o grupos estratégicamente relevantes, no en poblaciones enteras.

Esta selectividad persistió en la Europa moderna temprana incluso cuando los Estados expandieron su aparato de vigilancia. Los esfuerzos de inteligencia se dirigieron contra herejes, rivales políticos, contrabandistas y agentes extranjeros mediante informantes, correspondencia interceptada y vigilancia física. Los *cabinets noirs* —o Cámaras Negras— de Francia y otros Estados ejemplificaron este enfoque: equipos de escribanos abrían manualmente las cartas, las copiaban y las volvían a sellar para su entrega. Estas operaciones estaban inherentemente limitadas. Se centraban en objetivos de alto valor porque cualquier cosa más amplia era logísticamente imposible.

Incluso en esta etapa, sin embargo, se comprendía claramente el poder de los **metadatos**. La información sobre la comunicación —remitente, destinatario, momento y ruta— podía exponer redes e intenciones sin necesidad de acceder al contenido. El escándalo de espionaje de la Oficina de Correos británica de 1844 puso esto en foco público. El revolucionario italiano Giuseppe Mazzini, exiliado en Londres, sospechaba que sus cartas eran abiertas por las autoridades a petición de potencias extranjeras. Él y sus seguidores colocaron semillas de amapola y granos de arena dentro de los sobres como marcadores; cuando las cartas llegaron alteradas, Mazzini instó al diputado radical Thomas Duncombe a plantear el tema en el Parlamento. El escándalo resultante reveló la apertura sistemática de cartas bajo órdenes emitidas por el Secretario del Interior Sir James Graham, provocando indignación, investigaciones parlamentarias y la eventual abolición del departamento secreto de la Oficina de Correos. Marcó una de las primeras alarmas modernas de privacidad y subrayó cómo los datos relacionales por sí solos podían dismantelar redes de asociación.

En respuesta, surgieron normas legales como el “secreto de la correspondencia” (*Briefgeheimnis, secret de la correspondance*). Estos principios restringían el uso de los datos de comunicación estrictamente a fines operativos como la entrega, prohibiendo su explotación secundaria para vigilancia o perfilado. La idea subyacente era simple pero profunda:

Los datos generados para una función específica no deben reutilizarse para construir perfiles más amplios de individuos o redes.

Este principio resonaría a lo largo de los siglos —pero finalmente se erosionaría bajo la presión tecnológica e institucional.

II. El Siglo Burocrático: Escalando sin Automatización

El siglo XX expandió el perfilado de manera dramática mientras preservaba muchas de sus restricciones anteriores. Las demandas de la guerra total requirieron una recopilación de información sin precedentes. La censura postal, la inteligencia de señales y el descifrado de códigos extendieron la vigilancia más allá de las élites hacia poblaciones más amplias.

Instituciones como la Agencia de Seguridad Nacional institucionalizaron la interceptación a gran escala, mientras que las agencias nacionales compilaban extensos archivos sobre grupos políticos, radicales sospechosos y redes criminales.

Sin embargo, el perfilado permaneció **fundamentalmente dirigido**. Las intervenciones telefónicas estaban vinculadas a individuos o líneas específicas. Los archivos de inteligencia eran curados por analistas humanos. Incluso cuando el volumen aumentaba, **la atención humana seguía siendo el cuello de botella**.

Los primeros sistemas informáticos (décadas de 1950-1970) comenzaron a cambiar la escala del mantenimiento de registros. Gobiernos y corporaciones digitalizaron listas de bienestar, historiales crediticios y bases de datos criminales, permitiendo una recuperación y referencias cruzadas más rápidas. Pero estos sistemas aún operaban sobre **registros discretos**, no sobre flujos continuos de comportamiento.

Para la década de 1970, las preocupaciones sobre “bancos de datos” centralizados provocaron respuestas legales. La Ley de Privacidad de EE.UU. de 1974 y las primeras leyes europeas de protección de datos introdujeron principios de limitación de propósito, minimización de datos y transparencia. Estos marcos extendieron la lógica del secreto de la correspondencia a la era digital.

Sin embargo, se construyeron sobre una suposición crucial: que la recolección de datos era **limitada y episódica**. Regulaban registros, no flujos. Esta suposición pronto colapsaría.

III. El Punto de Inflexión: De Registros a Residuos de Datos

La ruptura decisiva ocurre a finales de los años 90 y principios de los 2000 con el auge de internet —no solo como medio de comunicación, sino como una infraestructura que produce datos de forma continua.

Los sistemas digitales generan **residuos de datos**: metadatos creados automáticamente como subproducto de la actividad ordinaria. Cada conexión, consulta, clic y movimiento produce rastros que pueden registrarse, almacenarse y analizarse a un costo insignificante.

Esto marca el cambio decisivo:

El perfilado deja de ser una actividad realizada sobre los datos y se convierte en una infraestructura que los produce continuamente.

Los proveedores de servicios de internet capturan registros de conexión, consultas DNS e información de enrutamiento, revelando patrones de comportamiento incluso sin acceso al contenido. A diferencia de los metadatos postales —efímeros y descentralizados—, los metadatos digitales son persistentes, centralizados y trivialmente buscables.

Sobre esta infraestructura, plataformas como Google y Meta transformaron el perfilado en un modelo económico central. Los motores de búsqueda capturan la intención; las redes sociales mapean relaciones; los ecosistemas móviles rastrean el movimiento. Los rastreadores integrados extienden la visibilidad a vastas porciones de la web. Los píxeles de seguimiento de Meta, presentes en aproximadamente un tercio de los sitios web populares del mundo, monitorean la actividad mucho más allá de sus propias plataformas, a menudo capturando señales sensibles de contextos de salud, finanzas o política.

Surge una realización crítica en este entorno:

El contenido se vuelve en gran medida redundante. En muchos casos, los patrones relacionales no son meros sustitutos del significado —sino que son analíticamente más útiles que el contenido mismo.

Los metadatos no solo indican que ocurrió una comunicación; permiten la **reconstrucción probabilística del contenido**. Quién se comunica con quién, cuándo, con qué frecuencia y en qué contexto más amplio puede limitar fuertemente qué se está comunicando. La información disponible públicamente —afiliaciones compartidas, roles profesionales, posiciones políticas, lazos sociales— reduce aún más el espacio de interpretaciones plausibles.

Con el tiempo, estas restricciones se vuelven predictivas. Los metadatos no son meramente descriptivos; son generativos. No solo acompañan al contenido —sino que a menudo pueden **aproximarlo o inferirlo**, especialmente cuando se agregan a gran escala.

Las consultas de búsqueda revelan intención. La frecuencia de comunicación revela la fuerza de la relación. La co-localización revela asociación. A una escala suficiente, estas señales convergen en modelos conductuales altamente precisos que con frecuencia hacen innecesario el acceso directo al contenido.

Los sistemas corporativos optimizan el comportamiento para la monetización; los sistemas estatales lo restringen para el control —pero ambos dependen de la misma maquinaria subyacente: **la predicción a través de la inferencia conductual a gran escala**.

IV. Identidad sin Escape: Anclas Persistentes

Una característica definitoria del perfilado industrial es la emergencia de una **identidad persistente**.

Los sistemas anteriores dependían de identificadores mutables —nombres, documentos, direcciones— que podían alterarse u ocultarse. Los sistemas modernos reconstruyen la identidad a través de señales superpuestas:

- Huellas dactilares de dispositivos
- Patrones conductuales
- Gráficos sociales
- Marcadores biométricos (rostros, marcha, voz)

Las imágenes compartidas públicamente sirven como anclas duraderas. Incluso cuando los individuos cambian de cuentas o adoptan seudónimos, los sistemas de reconocimiento facial —particularmente en contextos estatales o de inteligencia— pueden reconectar identidades a través de conjuntos de datos. La co-ocurrencia en fotos o eventos compartidos fortalece aún más las relaciones inferidas.

La implicación es profunda:

La identidad ya no es algo que uno declara, sino algo que se infiere continuamente.

Esto elimina gran parte de la fricción que antes limitaba la vigilancia. La identificación no depende de una sola señal; emerge de la redundancia a través de muchas.

V. Fusión: De Puntos de Datos a Ontologías

La culminación de esta evolución es la **fusión de datos**: la integración de conjuntos de datos dispares en sistemas analíticos unificados.

Plataformas como Palantir Technologies agregan registros gubernamentales, transacciones financieras, actividad en redes sociales, datos de ubicación y metadatos de comunicaciones en modelos coherentes de individuos y redes. Estos sistemas construyen ontologías dinámicas que permiten a los analistas consultar relaciones, detectar patrones y generar predicciones.

Un ejemplo concreto ilustra el cambio. En la aplicación de la ley de inmigración, la herramienta ELITE (Enhanced Leads Identification and Targeting for Enforcement) de Palantir llena mapas con objetivos potenciales, extrayendo de registros de visas, datos de empleo, metadatos telefónicos, conexiones sociales e incluso información de direcciones de Medicaid o HHS para asignar “puntuaciones de confianza de dirección” y generar expedientes. Los oficiales pueden identificar barrios “ricos en objetivos” para operaciones, marcando individuos no solo por evidencia directa sino porque su **firma conductual y relacional** se asemeja a casos identificados previamente. Una fusión similar aparece en herramientas como ImmigrationOS, que integra historiales de viajes, biométricos y datos sociales para priorización.

La sospecha ya no se descubre —se **genera**.

El perfilado no solo documenta la realidad; la construye activamente al sacar a la superficie asociaciones probabilísticas que se vuelven accionables operacionalmente.

VI. Del Explicativo a lo Preventivo

El perfilado tradicional era en gran medida retrospectivo. Buscaba explicar acciones pasadas: quién cometió un crimen, quién organizó un complot, quién representaba una amenaza.

El perfilado industrial es predictivo y preventivo. Identifica:

- Quién podría cometer un crimen
- Dónde podría ocurrir un crimen
- Quién podría incumplir, radicalizarse o desviarse

Esta lógica a menudo se compara con la visión representada en *Minority Report*, donde se detiene a individuos antes de cometer crímenes. Aunque los sistemas contemporáneos carecen de previsión determinista, el parecido estructural es claro: las herramientas de policía predictiva analizan datos históricos, llamadas al 911, lectores de matrículas y señales sociales para generar “listas calientes” o puntuaciones de riesgo.

Los sistemas modernos operan sobre la probabilidad. Los individuos son marcados no porque vayan a actuar, sino porque **estadísticamente se asemejan a otros que lo han hecho**.

El cambio es sutil pero profundo:

Los individuos ya no son juzgados principalmente por sus acciones, sino por su posición dentro de un paisaje probabilístico.

La sospecha se vuelve estructural —generada continuamente en lugar de ser desencadenada por eventos discretos.

VII. El Derecho en la Era de la Inferencia

Los marcos legales como el Reglamento General de Protección de Datos intentan imponer límites mediante consentimiento, transparencia y minimización. Sin embargo, enfrentan restricciones estructurales.

La mayoría de los sistemas legales regulan **los datos como un objeto**. El perfilado moderno deriva su poder de **relaciones e inferencias**, que son mucho más difíciles de definir, observar o restringir.

Los desafíos adicionales incluyen:

- Flujos continuos de datos a través de jurisdicciones
- Amplias excepciones para la seguridad nacional y “intereses legítimos”
- Sistemas algorítmicos opacos resistentes a la supervisión

El resultado es un desajuste persistente:

Los marcos legales diseñados para una era de registros luchan por gobernar una era de inferencia predictiva continua.

VIII. La Asimetría del Poder

El perfilado industrial produce un desequilibrio estructural.

Los individuos generan datos continuamente a través de su participación en la vida moderna. Evitarlo es posible pero costoso e incompleto. Mientras tanto:

- Las corporaciones mantienen sistemas opacos protegidos por el secreto
- Los Estados acceden e integran datos mediante autoridad legal o asociaciones
- La complejidad técnica oscurece la rendición de cuentas

El resultado es una asimetría clara:

Los muchos se vuelven legibles; los poderosos permanecen comparativamente opacos.

IX. Internalización: El Perfilado y la Autorregulación del Comportamiento

Más allá de sus dimensiones institucionales y tecnológicas, la industrialización del perfilado produce una transformación psicológica profunda. La vigilancia ya no opera únicamente como una fuerza externa; se internaliza.

Esta dinámica fue anticipada por Michel Foucault en su análisis del panóptico: un diseño teórico de prisión de Jeremy Bentham en el que los reclusos, visibles para un observador central al que no pueden ver, internalizan la disciplina y regulan su propio comportamiento bajo la incertidumbre de una observación constante. El poder del panóptico radica no en la observación perpetua, sino en la **anticipación** de ella.

El perfilado industrial extiende esta lógica dramáticamente. Los individuos operan dentro de entornos donde sus acciones pueden ser registradas, analizadas e interpretadas de maneras opacas —por plataformas que optimizan el compromiso o por Estados que evalúan el riesgo. El resultado es un giro hacia la **autorregulación**.

Esto se manifiesta como:

- Autocensura en publicaciones, búsquedas o asociaciones
- Evitación de ciertos grupos, temas o ubicaciones
- Alineación con normas percibidas para minimizar puntuaciones de riesgo
- Modificación del comportamiento en contextos digitales y físicos

Crucialmente, estas adaptaciones no requieren coerción explícita. Surgen de la anticipación.

El control se ejerce no solo a través de lo que hacen los sistemas, sino a través de lo que los individuos evitan hacer.

Los efectos se extienden más allá de los individuos. A medida que las personas se autocensuran y se autoorganizan, los datos generados refuerzan los patrones, moldeando predicciones futuras. El sistema no solo observa la realidad —la remodela sutilmente, creando bucles de retroalimentación que normalizan la conformidad.

X. El Fin de la Vigilancia Selectiva

El perfilado ha experimentado una transformación fundamental:

- De **dirigido** a **universal**
- De **manual** a **automatizado**
- De **retrospectivo** a **predictivo**
- De **fragmentado** a **integrado**

Los sistemas anteriores estaban limitados por la fricción —costo, tiempo, atención humana. Los sistemas industriales eliminan estas restricciones. La monitorización se vuelve ambiental. La inclusión se vuelve predeterminada.

El principio de que los datos deben servir solo a su propósito inmediato ha dado paso a un paradigma en el que **todos los datos son potencialmente explotables**.

XI. Conclusión: El Precio de la Participación

El largo arco desde el secreto postal hasta la fusión de datos digitales revela un patrón consistente: cada expansión tecnológica aumenta el alcance del perfilado, mientras que las respuestas legales y sociales se retrasan. Lo que distingue al presente es lo estructural. El perfilado ya no es una actividad dirigida a individuos específicos —es una infraestructura dentro de la cual existen los individuos.

La categoría de “persona de interés” se disuelve. Todos se convierten en sujetos de evaluación continua.

Esta transformación se sostiene no solo por el poder estatal, sino por incentivos económicos. Las plataformas que parecen gratuitas operan mediante la extracción de datos conductuales. La frase *“si no pagas por el producto, tú eres el producto”* capta una intuición —pero subestima la realidad.

Lo que se produce no es el individuo, sino un **modelo predictivo** del individuo —portátil, accionable y a menudo inaccesible para la persona que representa.

Un desafío central radica en la brecha entre percepción y realidad.

Primero, las personas subestiman el **impacto** de lo que se sabe. El perfilado opera a través de la asociación. Las relaciones —pasadas, débiles o indirectas— pueden moldear resultados. Una conexión con alguien que luego se vuelve indeseable puede influir en las oportunidades. Uno es juzgado no solo individualmente, sino relacionalmente.

Segundo, las personas subestiman el **alcance** de lo que se puede saber. Los sistemas infieren atributos sensibles —políticos, religiosos, sexuales, económicos— no a partir de divulgaciones explícitas, sino de patrones. Estas inferencias se vuelven operativas independientemente de su precisión.

Los individuos son evaluados no solo por lo que revelan, sino por lo que puede inferirse —y por quiénes están conectados.

La participación en la vida digital implica así un intercambio implícito: conveniencia por legibilidad. Este intercambio no es transparente ni negociable.

El desafío no es detener la datificación, sino limitarla —restaurar la fricción, imponer límites y garantizar la rendición de cuentas.

La pregunta central es clara:

¿Ocurrirá la intervención antes de que la infraestructura del perfilado permanente se vuelva demasiado profundamente arraigada como para desafiarla de manera significativa?

En ausencia de tal intervención, el costo de la participación no será solo datos —sino la erosión gradual del límite entre ser observado, ser inferido y, en última instancia, ser definido.